

jero, el espíritu de tinieblas se presenta en Jerusalén en casa del centurion que debía reclamar á Cimodocea, al cual apremia en nombre del ministro de Galerio, para que cumpla eficazmente su cometido, y entrega el edicto fatal al gobernador de la ciudad de David: al punto, cerradas las puertas de los lugares santos, los soldados dispersan á los fieles. En vano la esposa de Constantio intenta defender á los cristianos, pues fugitivo Constantino y triunfante Galerio, la fortuna de Elena cambia en un momento, porque para los soberanos la prosperidad es madre de la obediencia; así como su infortunio exime á sus súbditos del juramento de fidelidad.

Era la hora en que blando sueño cierra los ojos de los mortales: el ave reposaba en su nido y en el valle el rebaño; suspendidos ya los trabajos, apenas la solícita madre de familias hacia girar aun sus husos cerca del espirante fuego de su modesto hogar, cuando Cimodocea, despues de haber orado largo rato por su esposo y por su padre, habia cedido al sueño: Demodoco se le aparece, en desorden la barba y bañados en llanto los ojos; agitaba lentamente su cetro augural y su pecho exhalaba profundos suspiros; Cimodocea creia dirigirle estas tristes palabras:

«¡Oh padre, padre mio! ¿cómo tanto tiempo has tenido en amargo abandono á tu hija? ¿En dónde está Eudoro? ¿Viene á reclamar la jurada fe? ¿Qué anuncian esas lágrimas que riegan tus mejillas? ¿Será que no quieres estrechar á tu querida Cimodocea contra tu corazón?»

El fantasma responde:

«¡Huye, hija mia, huye! ¡Voraces llamas te rodean, Hierocles te persigue! Los dioses por tí abandonados te entregan indefensa á su no contrarestando poder. Tu nuevo Dios triunfará, sí; pero ¡cuántas y cuán acerbas lágrimas hará derramar á tu padre sin ventura!»

La vision desaparece y arrebatada la antorcha que Cimodocea recibiera en el altar, el dia de su desposorio con Eudoro: Cimodocea despierta en el momento que el resplandor de un incendio se reflejaba amenazador en las paredes de su aposento y en las cortinas de su lecho. Levántase despavorida, y descubre presa de estalladoras llamas el templo del Santo Sepulcro. El fuego, rompiendo entre revueltos torbellinos de humo, subia al cielo en imponentes columnas y proyectaba sangrienta claridad sobre las ruinas de Jerusalén y las montañas de la Judea.

Desde que la nueva persecucion se estendiera por la Siria, Cimodocea no se habia separado de la princesa Elena, que encerrada en un oratorio con las demás mujeres cristianas, lloraba las calamidades de la nueva Sion. El sicario de Hierocles, ya perdida la esperanza de hallar á la jóven catecúmena, y no siendo osado á violar, por un resto de respeto, el asilo de la esposa de un César, habia prendido fuego al Santo Sepulcro. El palacio de Elena estaba contiguo al edificio sagrado, por cuya circunstancia el desatentado centurion, que se prometia, merced al fuego, obligar á Cimodocea á salir de su inviolable asilo, la esperó con sus soldados para apoderarse de ella en medio del tumulto.

Mas Doroteo, que habia descubierto su torpe maquinacion, abrióse paso á través de las paredes que se desplomaban y de las vigas incendiadas que por todas partes se derrumbaban con horrendo estrépito, y penetró en el palacio de Elena. Desiertas ya las galerias, solo algunas mujeres llenas de consternacion, se habian reunido en un patio interior, en torno de un altar de los reyes de Judá. Doroteo encontró á la sazón á Cimodocea, que buscaba con inútil afán á su nodriza, á quien no habia de tornar á ver. ¡Ermedusa infeliz! ¡tu suerte fue ignorada de todos!

—¡Huyamos, huyamos! gritó Doroteo á la hija de Demodoco; la misma Elena no puede ya salvarte pues

tus implacables enemigos te arrancarian á sus brazos; conozco una puerta secreta y un subterráneo que nos conducirá fuera de las murallas de Jerusalén: la Providencia hará lo demás!

A la estremidad del palacio y por el lado que miraba á la montaña de Sion, se veia una puerta oculta que abria paso al Calvario; por ella se sustraia Elena á las demostraciones de respeto de los pueblos, cuando iba á orar al pié de la cruz. Doroteo, seguido de Cimodocea, entreabre pausadamente esta puerta, y no hallando obstáculo alguno, toma de la mano á Cimodocea y salen del palacio: ora se deslizan lentamente á través de las ruinas; ora aceleran su paso al llegar á mas desembarazados lugares; algunas veces oyen pisadas á su espalda y se ocultan entre los escombros; otras, se ven detenidos por el alarmante fulgor de las armas de algun soldado que vaga al azar entre las tinieblas. El fragor del incendio y los confusos clamores de la agitada muchedumbre alzábanse en pos á lo lejos; y marchando entre tantas zozobras, atraviesan al fin el valle desierto que separa la colina del Calvario de la enhiesta montaña Sion.

En las vertientes de esta montaña se abria un camino desconocido, cuya entrada estaba cerrada por espesos matorrales de aloes y raices de olivos silvestres. Doroteo separa estos obstáculos, penetra en el subterráneo, é hiriendo un pedernal enciende una rama de ciprés, á cuya amiga claridad se interna debajo de las caliginosas bóvedas, con Cimodocea. David habia llorado en otro tiempo su pecado en aquellos ignorados lugares: veianse por donde quiera en las rústicas paredes, muchos versos escritos de mano del penitente monarca, cuando allí derramó sus lágrimas inmortales. Su sepulcro ocupaba el centro del subterráneo, y ostentaba aun grabadas en sus bases un cayado, un arpa y una corona. El terror de lo presente, los grandes recuerdos de lo pasado, aquella montaña cuya cima vió el sacrificio de Abraham y cuyas vertientes guardaban el sepulcro del Rey profeta: todo hacia latir con violencia el corazón de entrambos cristianos, que saliendo en breve de aquellas lóbregas sinuosidades, se hallaron en medio de las montañas, en el camino de Belém, y despues de atravesar los silenciosos campos de Rama, donde Raquel se negó á recibir consuelo, fueron á descansar en el sepulcro del Mesias.

Belém estaba enteramente desierto, pues los cristianos que lo poblaban habian sido dispersados. Cimodocea y su guia entran en el Pesebre, y admiran aquella gruta donde el Rey de los cielos quiso nacer; donde ángeles, pastores y magos acudieron á adorarle, y donde la tierra toda debe un dia tributarle sus homenajes. Algunas ofrendas que los pastores de la Judea habian dejado en aquel lugar, dieron á los dos desventurados fugitivos abundante alimento. Cimodocea derramaba lágrimas de ternura, pues los milagros de la cuna de Jesús hablaban á su corazón.

«¡Aquí, decia, el divino Niño sonrió á su divina Madre! ¡Oh María! ¡protege á Cimodocea, fugitiva como tú en Belém!»

La hija de Demodoco dió luego gracias al generoso Doroteo, que se esponia por libertarla á tantas fatigas y peligros.

«Soy un antiguo cristiano, respondió el varón acrisolado en las pruebas, y en las tribulaciones cifro mi alegría.»

Doroteo se arrodilló ante el Pesebre y exclamó:

«¡Padre de las misericordias, apiadaos de nosotros, y recordad que vuestro Hijo ofreció en este lugar su primer llanto por la salvacion de los hombres!»

El sol se acercaba al ocaso, y saliendo Doroteo con la hija de Demodoco, esperando encontrar algun pastor, vió á un hombre que bajaba de la montaña de Engaddi, y que ceñia sus riñones con áspero cinturón de juncos; su barba y cabellos crecian en desorden,

y un cesto lleno de arena que penosamente llevaba á la entrada de una gruta, abrumaba sus espaldas. No bien hubo descubierto á los viajeros, dejó caer su ruda carga, y fijando en ellos una mirada llena de indignacion, gritó:

«Delicias de Roma, ¿venís á turbar mi paz hasta en el desierto? ¡Huid! Armado de la penitencia, descubro vuestros lazos y me rio de vuestros vanos esfuerzos.»

Dice; y semejante al águila marina que se sepulta en el fondo de las aguas, entra en su gruta. Doroteo reconoce en él á un cristiano, y adelantándose, le grita á través de la hendidura del peñasco:

—Somos unos cristianos fugitivos; dignate concedernos hospitalidad.

—¡No, no! respondió el solitario; esa mujer es demasiado hermosa para ser una simple hija de los hombres.

—Esta mujer, replicó Doroteo, es una catecúmena que aprende á derramar las lágrimas que Jesucristo pide á sus siervos. Es griega, llámase Cimodocea, y está desposada con Eudoro, el generoso defensor de los cristianos, cuyo nombre habrá tal vez llegado á tus oídos; yo soy Doroteo, primer oficial de Diocleciano.

Esto oyendo, el solitario se lanzó fuera de la gruta, á manera de un atleta que se presenta de improvisó en los juegos de Olimpia, ceñida la frente con una corona de olivo.

«¡Entra en mi pobre gruta, dijo, digna esposa de mi buen amigo!»

El solitario dice su nombre, y Cimodocea reconoce á aquel amigo de Eudoro que filosofaba con él en el sepulcro de Escipion. Doroteo que habia conocido á Gerónimo en la corte, contemplaba con asombro á aquel anacoreta, estenuado por las vigiliias y austeridades, en otro tiempo brillante discípulo de Epicuro. Le sigue al fondo de su cueva, donde no se veian mas objetos que la Biblia, una calavera y algunas hojas esparcidas de la tradicion de los Libros Santos. En breve todo queda aclarado entre los dos cristianos y la jóven peregrina; mil recuerdos les enternecen, mil tiernas historias hacen correr sus lágrimas: no de otro modo, dos riachuelos, hijos de diferentes montañas, confunden sus limpias aguas en un mismo valle.

—Mis errores, dijo Gerónimo, han producido mi penitencia; no volveré ya á salir de Belém; y la cuna del Salvador será mi sepulcro.

El anacoreta preguntó luego á Doroteo cuáles eran sus designios.

—Iré, respondió Doroteo, á buscar algunos amigos á Jope....

—¡Cómo! replicó Gerónimo, interrumpiéndole con viveza, ¡eres desgraciado y cuentas con tus amigos! Un moabita bajó de sus peñascos para trasladarse á Jericó; y reinando á la sazón la primavera, el ambiente era puro y apacible. El moabita no experimentaba sed, pues á cada paso hallaba torrentes de cristalinas aguas; vuelve empero á su casa en la estacion de las tormentas, bajo el fuego abrasador del estío, y la sed le devora; entonces busca algunas gotas de aquellas aguas copiosas que en las montañas habia visto en los dias de la pasada serenidad; ¡ah! ¡todos los torrentes estaban secos!

Gerónimo se mantuvo en silencio algun tiempo, y luego exclamó:

—¡Oh destino sublime! ¡Eudoro! ¿Eres el defensor de los cristianos? ¡Oh amigo querido! ¿qué podré hacer en tu obsequio?

De repente, el solitario se levanta, y dice, herido por una luz sobrenatural:

—¿A qué tan cobardes temores? ¡Mujer! ¿amas y huyes? ¡Acaso en este momento tu esposo confiesa la fe, y tú no estás allí para disputarle la gloria

de la hoguera! ¿Crees que cuando haya subido á la alta gerarquía de los mártires, querrá aceptarte sin corona? ¡Rey entonces, no podrá conceder su lado sino á una reina! ¡Cumple tu deber, vuela á Roma, ve á remaclar tu esposo y á recoger la palma destinada á servir de envidiable adorno á tu pompa nupcial!... Mas, ¿qué digo? tú no perteneces aun al número de las ovejas escogidas.

El solitario se interrumpió de nuevo; dudó y en breve exclamó:

—Serás cristiana, pues mi mano derramará sobre tu frente el agua saludable. El Jordan corre no lejos de aquí: ven, pues, ven á recibir en sus aguas la fuerza vivificadora que te falta; tus dias peligran, y debo ponerte al abrigo de la muerte. ¡Si! estás ya bastante instruida; la persecucion es la doctrina, pues el que llora por Jesucristo, no há menester mas ciencia.

Así habló Gerónimo con toda la autoridad de un doctor y de un sacerdote. La dulce y tímida Cimodocea respondió:

—¡Señor, hágase segun tu palabra! Dame el bautismo, aunque nunca seré una reina, sino una sierva al lado de mi esposo. Solo me contrista en la vida la idea de que no volveré al monte Itomo á visitar los rebaños con mi padre, ni podré cuidar al autor de mis dias en su desconsolada vejez, con el mismo esmero con que él cuidó de mi infancia.

Cimodocea se ruborizó y derramó lágrimas de filial efusion al pronunciar estas palabras, en que se trasladaban los confusos acentos de su antigua religion y de su religion nueva: tal, en la calma de plácida noche, dos harpas pendientes de una rama, mezclan al soplo de Eolo sus fugitivas quejas; tal, se estremecen á la par dos lirras, de las cuales una desprende los acentos graves del tono dórico, y la otra los voluptuosos acordes de la muelle Jonia; tal, en las sábanas de la Florida, dos plateadas cigüeñas, agitando á la vez sus sonoras alas, producen un armonioso rumor allá en las alturas del cielo; sentado en la orilla del bosque, el indio presta atento oído á los murmullos que se pierden en los aires, y cree reconocer en esa vaga armonía la voz lejana de las almas de sus padres.

LIBRO DÉCIMONONO.

SUMARIO. Demodoco vuelve al templo de Homero. Su dolor. Recibe la noticia de la persecucion. Se dirige á Roma, á donde juzga que Hierocles ha hecho conducir á Cimodocea. Esta es bautizada por Gerónimo en el Jordan, y llegando á Telemida, se embarca para la Grecia. Una tempestad suscitada por orden de Dios, arroja á Cimodocea á las costas de Italia.

¡Qué humana lengua acertaria á describir la amargura de los dolores paternos!

Despues de la separacion fatal, los esclavos llevaron de nuevo á Demodoco á la ciudadela de Atenas, donde pasó la noche bajo un pórtico del templo de Minerva, para descubrir á los primeros albos del dia la galera de Cimodocea. Cuando la estrella de la mañana se mostró sobre el monte Itomo, las lágrimas del anciano corrieron con nueva abundancia.

«¡Oh hija mia! exclamó, ¡cuándo volverás del Oriente, á semejanza de ese astro radiante, para consolar á tu padre!»

La aurora no tardó en alumbrar las olas solitarias en que ávida la vista buscaba en vano alguna vela; pero descubriase todavia sobre las aguas en calma la espumosa huella de las naves que habian ya traspuesto el horizonte. Ya el sol, saliendo de las ondas, doraba y sombreaba á la vez la muda superficie de los mares; algunas transparentes nubecillas se mostraban fijas aquí y acullá en el azulado cielo del Atica, cuya

hermosura realzaban, mientras otras nubes teñidas de rosa, mecíanse vaporosas en derredor del astro del día, semejantes á la etérea banda de las Horas. Espectáculo tan magnífico contribuyó tan solo á exacerbar el dolor del sacerdote de Homero, que prorumpió en ahogados sollozos, porque desde que su hija abriera sus ojos á la luz, aquella era la vez primera que veía nacer el sol lejos de ella. Demodoco se niega con obstinación á todos los desvelos de su huésped, quien testigo de dolor tan intenso, se felicitaba de haber vivido hasta allí sin hijos y sin esposa: no de otra manera, el pastor escucha estremecido en medio de un valle el ronco estampido del lejano cañon; y al condolerse de las víctimas tendidas en el campo de batalla, bendice sus peñascos y su cabaña.

Al día siguiente, Demodoco quiso partir de Atenas y regresar á Mesenia; pero no permitiéndole su dolor seguir mucho tiempo los caminos que con Cimodocea había recorrido, emprendió en Corinto el de Olimpia, aunque no pudo sufrir la alegría y el brillo de las fiestas que á la sazón se celebraban en las márgenes del Alfeo. Cuando después de haber atravesado las montañas de la Elida, divisó las cumbres del Itomo, cayó exánime en brazos de sus esclavos, que lograron restituírle á la vida, y en breve, pálido y trémulo llega al templo de Homero. Ya el dintel de sus puertas estaba cubierto de marchitas hojas, y la yerba crecía en todos los senderos: ¡con tanta rapidez se borran de la tierra los pasos del hombre! Demodoco entra en el santuario de su abuelo, donde apagada la lámpara, veíanse aun sobre el altar las frías cenizas del último sacrificio que había ofrecido á los dioses por su hija. Demodoco se prosterna ante la imagen del poeta.

«¡Oh tú, dice, que formas ahora toda mi familia, inspirado cantor de los dolores de Priamo, llora, llora los males del vástago postrero de tu raza!»

En aquel momento saltó una de las cuerdas de la lira de Cimodocea, despidiendo un sonido que hizo estremecer al viejo, quien al levantar la cabeza, vió pendiente del altar la lira.

«¡No hay esperanza exclamó; mi hija va á morir! Las crueles Parcas me anuncian su funesto destino, rompiendo esa cuerda de su lira.»

A esta exclamación, los esclavos corren al templo y llevan consigo á Demodoco, que á ello se negaba.

Cada día aumentaba su amargura, y mil tristes memorias dilaceraban su corazón: aquí instruía á su hija en el arte de los cantos; allí paseaba en su compañía. Nada nos es tan cruel como la presencia de los lugares habitados en días prósperos, cuando hemos perdido lo que constituía el encanto de nuestra existencia. Los habitantes de Mesenia, conmovidos por el dolor de Demodoco, le permitieron interrumpiese las funciones sagradas que de empeñaba anegado en lágrimas. Su vida se extinguía, caminaba con rápido paso al sepulcro, y para colmo de desventura, las cartas de su hija, estraviadas en el Oriente, no llegaban á sus manos. La familia de Lastépes no podía prodigar sus cuidados al desvalido anciano, pues se hallaba perseguido y la madre de Eudoro acababa de morir. ¡Cuántas víctimas inmola el sacerdote de Homero á los dioses, sordos á su voz! ¡Cuántas hecatombes promete, si Neptuno conduce á Cimodocea á las orillas del Pamiso! El día espira, el día vuelve á nacer, y halla á Demodoco con la mano en la sangre, interrogando las entrañas de toros y terneras. Diríjese á todos los templos, y va á consultar los arúspices hasta la cumbre del Tenaro. Ora viste una túnica de luto, llama á las puertas de metal del templo de las Furias, y presenta á las fatales hermanas dones espia-torios, como si sus infortunios fuesen crímenes; ora se corona de flores y simula un semblante risueño, inundados en lágrimas los ojos, para hacerse propicia alguna divinidad enemiga del llanto. Si hay algún rito abandonado ó alguna ceremonia practicada en

tiempo de Inaco y Nestor, Demodoco los renueva; hojea los libros sibílinos; no pronuncia sino palabras tenidas por felices; abstiéndose de ciertos alimentos, evita el encuentro de ciertos objetos; explora los vientos, las aves, y las nubes; no hay bastantes oráculos para su cariño paternal. ¡Ah, infortunado anciano! ¡escucha los sonidos de esa bronca trompeta que resuena en el monte Itomo, y ellos te dirán el destino de tu hija!

El gobernador de Mesenia recorría los campos, seguido de numerosa comitiva, proclamando emperador á Galerio y promulgando el edicto de persecución. Demodoco duda si ha oído clara y distintamente, y corre á Mesenia, donde todo le confirma su desdicha. Un bajel que acababa de llegar del Oriente al puerto de Coroneo, refiere al mismo tiempo que la hija de Homero, arrebatada de Jerusalén, ha sido entregada á Hierocles. ¿Que hará Demodoco? Recibiendo fuerzas del mismo escaso de la adversidad, se decide á volver á Roma para arrojarle á los pies de Galerio y reclamar á Cimodocea; pero antes de abandonar el templo del semi-dios, consagra al pie de la estatua de Homero una pequeña galera de marfil y un vaso lacrimatorio; ofrenda y símbolo de su inquietud y dolor! Vende luego sus Penates, la púrpura de su fecho, el velo nupcial de Epicaris, destinado á Cimodocea, y lleva consigo toda su fortuna para rescatar á la hija de su amor. ¡Inútiles esfuerzos! El cielo no quiere ceder su conquista, y todos los tesoros de la tierra no hubieran bastado á pagar la corona de la nueva cristiana.

Cimodocea, que no pertenecía ya al mundo, iba á tomar su lugar entre los espíritus celestiales al recibir las aguas del bautismo. Ya había dejado la gruta de Belém con Doroteo, y emprendido su camino al rayar el día, por lugares fragosos y estériles. Gerónimo, vestido como San Juan en el desierto, mostraba el camino á la catecúmena, y al fin llegaron á la última serie de montañas de la Judea que se extienden á lo largo de las costas del mar Muerto y el valle del Jordan.

Dos enhiestas cordilleras que se dilatan del Norte al Mediodía, sin rodeos ni sinuosidades, se descubrieron á los ojos de los tres viajeros. Hacia la Judea estas montañas son unos montecillos de arena y greda, que imitan la forma de unos haces de armas, banderas plegadas ó tiendas de campaña plantadas en una llanura. Hacia la Arabia, son unos peñascos negros y perpendiculares, que derraman en el mar Muerto torrentes de azufre y betún. La mas pequeña avecilla del cielo no hallaría en ellas una brizna de yerba para alimentarse; todo anuncia allí la patria de un pueblo réprobo; todo respira allí el horror del incesto que dió nacimiento á Ammon y Moab.

El valle comprendido entre estas dos cadenas de montañas, presenta un suelo semejante al fondo de un mar retirado desde mucho tiempo: unas playas de sal, un légamo seco y unas arenas móviles y como surcadas por las olas. Crecen por donde quiera con penoso esfuerzo sobre aquella tierra sin vida, unos arbustos mezquinos, cuyas hojas se miran sobrecargadas de la sal que las ha alimentado, y cuya corteza está impregnada del sabor y olor del humo; y en lugar de ciudades, álzanse tan solo las añosas ruinas de algunas torres. Atraviesa el mudo valle un río incoloro que se arrastra como á su pesar hacia el pestilente lago que le traga, y aunque no se distingue su curso en medio de la arena, está bordado de sauces y cañas donde se embosca el árabe que espera los despojos del viajero y del peregrino.

«Ved aquí, dijo Gerónimo á sus dos admirados huéspedes, unos lugares famosos por las bendiciones y las maldiciones del cielo: este río es el Jordan, y este lago, el mar Muerto; os parece brillante, pero las culpables ciudades que en su seno oculta han enve-

Dios bajó sobre Jesucristo en forma de paloma, oyéndose una voz que decía:

«Este es mi Hijo, en quien me he complacido.»

Cimodocea salió de las aguas henchida de fe y valor contra los males de la vida; la nueva cristiana, llevando á Jesucristo en su corazón, parecía á una mujer, que ya madre, encuentra súbitamente para su hijo las fuerzas que para sí misma no tenía.

En aquel momento, una banda de árabes se dejó ver á escasa distancia del río. Gerónimo, asustado al principio, reconoció en breve una tribu cristiana cuyo apostol había sido. Aquella reducida Iglesia, donde Dios era adorado bajo una tienda como en los días de Jacob, no se había librado de la persecución: los soldados romanos le habían quitado sus yeguas, y solo le habían quedado los camellos, pues habiéndoles llamado el caudillo huyeron á la montaña y se dieron prisa á seguirle: los fieles animales habían llevado á sus dueños el tributo de una abundante leche, como si hubiesen adivinado que no tenían ya otro alimento.

Gerónimo reconoció en aquel encuentro la mano protectora de la Providencia.

—Esos árabes, dijo á Doroteo, os presentarán á nuestros hermanos de la Tolemaida, donde hallareis sin dificultad una nave con rumbo á Italia.

—Gacela de dulce mirada y ligero pié, vírgen mas agradable que un trasparente manantial, dijo el caudillo de los árabes á Cimodocea, nada temas; yo te llevaré á donde te plazca, si así lo manda nuestro padre Gerónimo.

Hallándose el día muy adelantado para ponerse en camino, detuviéronse todos en la margen del río; allí degollaron un cordero y le asaron, sirviéndole en una fuente de madera de aloes; cada cual tomó una parte de la víctima y bebió un poco de esa leche que el camello saca de un árido arenal, y que conserva el sabor del esquisito dátíl. La noche llegó, y la caravana se sentó en torno de una hoguera. Atados los camellos á unas estacas, formaban un segundo círculo en derredor de los hijos de Ismael, y el padre de la tribu refirió los males que se hacían sufrir á los cristianos. Veíanse al resplandor del fuego sus espresivos ademanes, su negra barba, sus blancos dientes y las diversas formas que sus gestos daban á su vestido durante la narración; sus compañeros le escuchaban con atención profunda; é inclinados todos hacia delante, próximo el rostro á las llamas, ya exhalaban gritos de sorpresa, ya repetían enfáticamente las palabras de su caudillo, mientras algunos camellos adelantaban sus cabezas sobre la tribu y se dibujaban en las sombras. Cimodocea: contemplaba silenciosa aquella escena de pastores del Oriente, y admiraba la religión que civilizaba unas hordas salvajes y las inducía á prestar auxilio á la debilidad y la inocencia, mientras los falsos dioses impelían á los cultos romanos á la barbarie, ahogando en su corazón todo sentimiento de justicia y piedad.

Al primer destello de la aurora, toda la comitiva reunida ofreció en las márgenes del Jordan sus preces al Eterno. El lomo de un camello, adornado con un rico tapiz, fue el altar donde se colocaron los sagrados signos de aquella Iglesia errante. Gerónimo entregó á Doroteo algunas cartas para los principales habitantes de Tolemaida, y exhortó á Cimodocea á la paciencia y al valor, felicitándose porque enviaba á su amigo una esposa cristiana.

«Marcha, le dijo, hija de Jacob, en otro tiempo hija de Homero! Reina del Oriente, sales del desierto difundiendo radiante claridad. Arrostra las persecuciones de los hombres, que la nueva Jerusalén no llora sentada bajo de la palmera, como la Judea cautiva de Tito; sino que victoriosa y triunfante, alcanza sobre esta misma palmera el símbolo inmortal de su gloria!»

nenado sus aguas; ningún ser viviente puebla sus solitarios abismos; jamás bajel alguno ha oprimido sus olas, ningún ave, ningún árbol, ningún verdor hermo sea sus playas; sus aguas, cuya amargura es insuperable, son tan pesadas que los mas impetuosos vientos logran apenas agitarlas. Aquí el suelo está abrasado por el fuego que consumió á Gomorra. No son estas, Cimodocea, las bellas orillas del Pamiso ni los deliciosos valles del Taigeto. Pisas el camino de Hebron, en los lugares donde tronó la voz de Josué cuando detuvo al sol; huellas una tierra que todavía lumea con la cólera de Jehová, y que mas tarde fue consolada por las misericordiosas palabras de Jesucristo. ¡Jóven catecúmena! por esta soledad sagrada vas á buscar al hombre á quien amas; los recuerdos de este vasto y melancólico desierto se mezclarán á tu amor para fortificarlo é imprimírle mas gravedad, que el aspecto de estos bosques desolados es tan á propósito para fomentar como para extinguir las pasiones. ¡Inocente doncella! las tuyas son legítimas, y no te ves precisada como Gerónimo, á destruirlas al rudo peso de abrasada arena!»

Así hablando, bajaban al valle del Jordan; Cimodocea, atormentada por una sed ardiente, tomó de un arbolillo un fruto parecido á un dorado limón; pero al acercarlo á sus labios, hallólo lleno de amarga ceniza.

«¡Esa es la imagen fiel de los placeres del mundo! dijo el solitario.»

Y prosiguió su camino, sacudiendo el polvo de sus piés.

Entretanto, los peregrinos se adelantaban hacia un bosque de tamarindos y árboles balsámicos que crecían en medio de blanca y menuda arena; Gerónimo se detuvo de repente y mostró á Doroteo, casi bajo sus piés, un objeto en movimiento en la inmovilidad del Desierto; este objeto era un amarillento río que arrastraba con lentitud sus pesadas aguas en un profundo cauce. El anacoreta saludó al Jordan y exclamó:

«¡No perdamos ni un momento, jóven! harto venturosa! Ven á recibir la vida en el mismo lugar donde los israelitas pasaron el río al salir del Desierto, y donde Jesucristo quiso recibir el bautismo de manos del Precursor. Desde la cima de ese monte, llamado Abarim, Moisés descubrió para tí la tierra prometida, y en la cumbre de esa opuesta montaña, Jesucristo oró por tí cuarenta días. A la vista de las arruinadas murallas de Jericó, hagamos caer la barrera de tinieblas que rodea tu alma, para que el Dios vivo pueda penetrar en ella.»

Gerónimo, dichas estas palabras, entró en el río y Cimodocea imitó su ejemplo, mientras Doroteo, único testigo de tan tierna escena, se arrojó en la orilla, y sirviendo de padre espiritual á Cimodocea, le confirmó el nombre de Ester. Las aguas se dividieron en derredor de la casta catecúmena, como se dividieron en el mismo lugar en torno del Arca santa. Los pliegues de su túnica virginal, arrastrados por la corriente, se hincharon á lo lejos, la jóven inclinó su cabeza delante de Gerónimo, y con voz que llenó de encanto las aguas del Jordan, renunció á Satanás, á sus pompas y á sus obras. El anacoreta, tomando el agua regeneradora en una concha del río, la derramó sobre la frente de la hija de Homero, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Sus sueltos cabellos caen á uno y otro lado de su cabeza, al peso del agua, que rápida sigue y desenvuelve sus rizos; bien así, la benigna lluvia de la primavera humedece los jazmines en flor, y se desliza á lo largo de sus perfumados tallos. ¡Oh! ¡cuán tierno era aquel bautismo furtivo en las aguas del Jordan! ¡Cuán interesante era aquella vírgen que, oculta en el fondo de un desierto, robaba, por decirlo así, el cielo! Tan solo la Hermosura soberana se mostró mas bella en aquel lugar, cuando entreabriéndose las nubes, el Espíritu de

Esto dicho, Gerónimo se despidió de sus huéspedes y regresó á la gruta de Belem.

La tribu árabe condujo á los dos fugitivos por medio de montañas inaccesibles hasta las puertas de Tolemaida. La Reina de los ángeles que no cesaba de velar por Cimodocea, habíala sostenido milagrosamente en medio de sus fatigas, y para ocultarla á los ojos de los paganos, la encubrió en una nube, como también á Doroteo; así, pues, ambos entraron en Tolemaida bajo este velo, y la iglesia, aun no derribada, les anunció la morada del pastor. En aquellos días de comunes tribulaciones, los cristianos perseguidos eran unos hermanos á quienes se recibía con respeto y cariño; ocultábaseles con peligro de la propia vida y se les prodigaban los auxilios de la mas viva caridad. Sabedor el pastor de que dos extranjeros se habian presentado á su puerta, se apresuró á recibirlos. Doroteo se dió á conocer haciendo la señal de la cruz.

«¡Unos mártires! exclamó al punto el pastor; unos mártires! ¡Bendito sea el día que os trae á mi morada! Angeles del Señor, entrad en la casa de Gedeon, que aquí hallareis las mieses tomadas á los moabititas.»

Doroteo entregó al pastor las cartas de Gerónimo y refirió al mismo tiempo los infortunios de Cimodocea.

«¿Cómo! exclamó regocijado el sacerdote, ¿es esta la esposa de nuestro defensor? ¿es esta la doncella cuya historia resuena en toda la Siria? Yo soy Pamfilio de Cesaréa y he conocido en otro tiempo á Eudoro en Egipto. Hija de Jerusalén, ¡cuán grande es tu gloria! ¡Ay! tu ilustre protectora, Elena la santa, nada puede ya hacer en tu favor, porque está presa. Los satélites de Hierocles te buscan infatigables por todas partes; es preciso abandonar sin dilacion esta ciudad, pero todavía hay recursos: ¿á dónde quieres dirigir vuestros inseguros pasos?»

Doroteo, cuya fe no tenia el mismo vigor que la de Gerónimo, y que no penetraba como él los designios del cielo; Doroteo que mezclaba todavía á su religion humanos afectos, no creia que Cimodocea pudiese reunirse á su esposo.

—Esto seria entregarte á Hierocles, dijo, sin esperanza alguna de salvar, ni aun de ver á Eudoro, si ha caido en manos de nuestros enemigos. Permíteme que te acompañe á casa de tu padre, pues tu presencia le devolverá la vida; te ocultaremos en alguna desconocida gruta, é iré á buscar á Roma al hijo de Lastenes.

—Jóven soy é inesperta, respondió Cimodocea; guíame, puestu, ¡oh el mas benigno de los hombres! tu hija cristiana debe prestar obediencia á tus consejos.

No hallándose en el puerto de Tolemaida sino un bajel que hiciese vela para Tesalónica, la nueva cristiana y su generoso guia se vieron obligados á embarcarse en él. Ocultáronse bajo nombres supuestos y abandonaron aquel puerto que San Luis, libre de manos de los infieles, debia ilustrar con sus virtudes muchos siglos despues. Cimodocea iba á buscar á su padre á las orillas del Pamiso, y el inconsolable anciano la buscaba con inútil afán en las aguas del Tiber. Extranjero en Roma, sin protector ni apoyo, habia contado con Eudoro, quien separado de los hombres, no podía ya oírle ni auxiliarle.

Al pié del monte Aventino y bajo los muros del Capitolio, se alzaba imponente una prision de Estado, cuya construccion remontaba al siglo de Rómulo. Los cómplices de Catilina habian oído desde aquel calabozo la severa voz de Ciceron, que les acusaba en el templo de la Concordia. El cautiverio de San Pedro y San Pablo purificó, andando el tiempo, aquel asilo de los criminales, donde Eudoro esperaba cada día la sentencia que habia de entregarle á los jueces;

allí habia recibido la noticia de la muerte de su madre, como el terrible principio de su sacrificio, y allí habia dirigido á la hija de Homero muchas cartas llenas de religion y cariñoso afecto, detenidas unas por los perseguidores, y perdidas otras en el mar; sin embargo, aun en su duro encierro experimentaba algunos de esos consuelos y algunas de esas alegrías dolorosas de que solo los cristianos tienen idea. Cada día le llevaba nuevos compañeros de infortunio y gloria.

Cuando un opulento labrador recoge sus nuevas mieses, amontona en una era dilatada así los granos que serán hollados por el pié de las mulas, como los que abrirán sus tesoros á los golpes del látigo, y los que serán despojados de la leve paja por un pesado cilindro; la aldea resuena con la festiva gritería de amos y criados, con la voz de las mujeres que preparan el festin, los clamores de los niños que juegueteen en derredor de los haces, y el mugido de los bueyes que arrastran ó van á buscar las amarillentas espigas: no de otro modo, Galerio reúne de todas las partes del mundo en las prisiones de San Pedro los mas ilustres cristianos: trigo de los elegidos, cosecha divina destinada á enriquecer al buen Pastor.

Eudoro ve llegar unos en pos de otros á los amigos que en otro tiempo habia hallado en el corazón de las Galias, en Egipto, Grecia é Italia: abraza á Victor, Sebastian, Rogaciano, Gervasio, Protasio, Lactancio, Arnobio, al ermitaño del Vesubio y al descendiente de Perseo, que se preparaba á morir por el trono de Jesucristo, mas realmente que su abuelo por la corona de Alejandro; el obispo de Lacedemonia, Cirilo, fue también á aumentar las alegrías del calabozo. A cada reconocimiento se repetian los arranques de júbilo, los cánticos á la divina providencia y los ósculos de paz. Aquellos confesores habian convertido la cárcel en iglesia, donde se escuchaban día y noche tiernas alabanzas al Señor. Los cristianos aun no encerrados, envidiaban la suerte de aquellas victimas. Los soldados que vigilaban á los mártires, se convertian con frecuencia al oír sus discursos; y los verdugos, entregando las llaves á otras manos, se colocaban en el número de los presos. Un orden inalterable reinaba entre aquellos compañeros de sufrimientos, y se hubiera creído ver una familia tranquila y arreglada, en lugar de una multitud de hombres que caminaban á la muerte. Muchos piadosos ardides servian para procurar á los confesores todos los consuelos de la humanidad y la religion, pues diez persecuciones habian dado astucia á la Iglesia. Los sacerdotes y los diáconos se disfrazaban de soldados, mercaderes y esclavos; las mujeres y hasta los niños, por medio de ingeniosos y santos artificios, penetraban en las cárceles, en el fondo de las minas y hasta el pié de las hogueras, mientras el pontífice de Roma dirigia en lo exterior todos los impulsos del celo desde un ignorado retiro. Una fidelidad inviolable, la doble fidelidad de la religion y la desgracia, era el poderoso lazo de los hermanos. La Iglesia no solo socorria á sus hijos, sino que cuidaba también de los desvalidos de una religion enemiga, acogiéndoles en su seno, pues la caridad le hacia olvidar sus propios dolores, para no ocuparse sino de las necesidades de los seres desvalidos.

Los fieles reunidos en las prisiones eran testigos de las mas maravillosas aventuras. ¡Cuánta fue la sorpresa de Eudoro al reconocer un día, disfrazada con el vestido de una criada del calabozo, á la hermosa y brillante Aglaé!

«Eudoro, le dijo, Sebastian ha sido atravesado á flechazos á la entrada de las catacumbas; Pacomio se ha retirado á los desiertos de la Tebaida, y Bonifacio ha cumplido su palabra, pues me ha enviado sus reliquias bajo el nombre de un mártir; ¡Bonifacio ha confesado á Jesucristo! Pide al cielo conceda

la misma felicidad á esta desventurada pecadora!»

En otra ocasion oyóse un gran tumulto, y Ginés, el célebre actor, fue introducido en la prision.

«No me temais ya, dijo al entrar, pues soy vuestro hermano. Un momento há, blasfemaba de vuestros santos misterios, y divertia en mi derredor á la muchedumbre; pues bien: en medio de mis juegos criminales he pedido el bautismo y el martirio. No bien me ha tocado el agua, he visto una mano que bajaba del cielo y muchos ángeles que resplandecian sobre mi cabeza, y que borraban mis pecados de un libro. Subitamente cambiado, he gritado lleno de conviccion: ¡soy cristiano! Todos se reian y se negaban á creerme, pero he referido lo que habia visto. He sido apaleado y vengo á morir con vosotros.»

Y Ginés abrazó á Eudoro, que en medio de los confesores atraia las miradas de todos. El ermitaño del Vesubio le recordaba su encuentro en el sepulcro de Escipion, y las esperanzas que desde entonces habia concebido de su virtud. Los confesores de las Galias le decian:

«¿Recuerdas que muchas veces hemos deseado vernos reunidos en Roma, como ahora lo estamos? ¡Cuán lejos estabas entonces de la gloria que hoy te corona!»

Así platicando, vieron entrar cubierto con la cascá de un veterano á un hombre cargado de años, y á quien no habian aun visto entre los carceleros cristianos, y que llevaba á los mártires el santo viático que Marcelino enviaba al obispo de Lacedemonia. La dudosa luz de la prision no permitia descubrir las facciones del anciano, quien preguntó por Eudoro, y habiéndole sido mostrado en oracion, se acercó á él, le oprimió entre sus brazos sin fuerza y le estrechó sobre su corazón derramando lágrimas. Al fin exclamó con suspiros de ternura:

—¡Soy Zacarias!

—¿Zacarias! respondió Eudoro lleno de gozo y turbacion, ¡Zacarias! ¡Tú mi padre, tú Zacarias!

Y cayó de rodillas á los piés del anciano.

—¡Ah, hijo mio! dijo el apóstol de los francos, alza del suelo, que yo soy el que debe humillarse á tí! ¿Qué soy á tu lado sino un viejo inútil y oscuro?»

Todos rodearon á los dos amigos, deseando saber su historia. Eudoro la refirió, y de todos los ojos brotaron copiosas lágrimas. El hijo de Lastenes preguntó á Zacarias qué designio de la Providencia le habia llevado desde las márgenes del Elba á las del Tiber.

—Hijo mio, replicó el descendiente de Casio, los francos han sido vencidos por Constantino. Faramundo me habia dado una pequeña tribu que, completamente subyugada, fue trasladada á la colonia de Agripina. La persecucion ha estallado, y como aun no reina en las Galias, donde César protege á los cristianos, los obispos de Lutecia y Lugdunum han elegido cierto número de sacerdotes para ayudar á los confesores en las demás partes del imperio, por lo cual he creído debia presentarme con preferencia á muchos jóvenes, cuya edad es mas digna de la vida que la mia, y habiéndome aceptado mi súplica, he sido enviado á Roma.

Zacarias participó luego á Eudoro la feliz reunion de Constantino con su padre, la enfermedad de Constantino y la disposicion de los soldados que reservaban la púrpura á su hijo. Esta noticia reanimó el valor de los cristianos y les sostuvo en aquellos momentos de ruda prueba. Eudoro nunca habia dejado de abrigar cierta esperanza, aunque los cristianos habian ya perdido sus poderosas protectoras: Prisca habia acompañado á su esposo á Salona, y Valeria habia sido desterrada al Asia por Galerio. Desde su encierro Eudoro trazaba un vasto plan para la salvacion de la Iglesia y del mundo; y deseando inducir á Diocele-

ciano á que volviese á empuñar las riendas del gobierno supremo, le habia enviado un mensajero en nombre de los fieles.

La Iglesia entera se apoyaba en el valor, la prevision y los consejos de Eudoro; y en tanto, la desvalida Cimodocea reclamaba en vano la proteccion de su esposo, bogando hácia las playas de la Macedonia, rodeada de hombres de repugnante catadura, soldados y marineros, que sumidos desde la mañana hasta la noche en la disolucion y la embriaguez, insultaban sin cesar la inocencia. No tardaron en descubrir que Doroteo y la hija de Demodoco eran cristianos, pues se encierra en la cruz cierta virtud que se denuncia á las miradas del vicio; este descubrimiento aumentó la insolencia de aquellos bárbaros, quienes unas veces prometian á los dos desvalidos entregarles á los verdugos al llegar á la costa; otras, les amenazaban diciendo les arrojarian al mar para aplacar la cólera de Neptuno; hacian resonar en los oídos de Cimodocea canciones abominables, é inflamando la hermosura de esta sus brutales deseos, era de temer se arrojase á los últimos escesos.

Doroteo defendia la inocencia con la prudencia de un padre y con el denuedo de un héroe; ¿qué puede empero un solo hombre contra una turba de desatados tigres?

El Hijo del Eterno, acompañado de los coros celestes, volvía en aquel momento de los mas apartados confines de la creacion, pues habia salido de las mansiones incorruptibles para devolver la vida y la juventud á los decrepitos mundos. De globo en globo, de sol en sol, sus magestuosos pasos habian recorrido todas esas esferas habitadas por inteligencias divinas, y acaso por hombres desconocidos á los hombres. Al llegar al santuario impenetrable, siéntase á la derecha de Dios, y sus miradas pacíficas se dirigen al punto á la tierra, porque de todas las obras del Todopoderoso ninguna es mas agradable á sus ojos que el hombre. El Salvador descubre la nave de Cimodocea, y ve los peligros de esta victima inocente destinada á atraer sobre los gentiles las bendiciones del Dios de Israel. Si el cielo ha permitido que esta nueva cristiana fuese sometida al crisol de la prueba, ha sido para revestirla de la fuerza necesaria para superar las últimas aflicciones que la ceñirán de gloria inmortal. Pero la prueba era hartó larga, y Cimodocea no debia perderse lejos del teatro de su victoria; habia brillado ya el día de su triunfo, que los eternos decretos llamaban al lugar del combate á la predestinada virgen.

Mediante una señal en medio de la nube, Emmanuel hace conocer al ángel de los mares la voluntad del Altísimo: al punto, el viento, favorable hasta entonces al bajel de Cimodocea, espira; profunda calma reina en los aires, y apenas inciertas brisas se levantan alternativamente en diferentes puntos, rizando la tersa superficie de las olas y agitando las velas, sin la fuerza necesaria para impelerlas. El sol se oscurece en la mitad de su carrera, y el trasparente azul del cielo, atravesado de fajas verdosas, parecia descomponerse en una dudosa y mortecina luz; anchos surcos de plomizo color se estienden sin fin en un mar pesado é inerte; ante tales indicios, el piloto lleno de zozobra, alza las manos y exclama:

«¡Oh Neptuno! ¿qué nos presagias? Si mi arte no es infiel, nunca habrá desencadenado las olas una mas horrorosa tormenta.»

Manda en el acto amainar las velas, y todos se preparan al peligro. Las nubes se agrupan entre el Mediodia y el Oriente, y sus fúnebres batallones se muestran en el horizonte á manera de un negro ejército ó de lejanos escollos. El sol, colocándose detrás de estas nubes, las atraviesa con un rayo lívido, y descubre en sus vapores aglomerados amenazadores abismos. La noche llega: densas tinieblas envuelven el

bajel, y el marinero no puede ver al marinero que á su lado tiembla.

Súbitamente, un movimiento comunicado allá en las regiones de la aurora, anuncia que Dios acaba de abrir el tesoro de las tempestades. Rota la barrera que detenía el torbellino, los cuatro vientos del cielo comparecen en presencia del Arbitro de los mares. El bajel huye y presenta la rechinante popa al soplo impetuoso del Oriente, y durante toda la noche surca las centellantes olas. El nuevo día nace y no derrama otra claridad que la necesaria para ver la inminente tormenta; las ondas se despliegan con monótona uniformidad; y sin los mástiles y el casco de la galera, en que el viento gemía en desiguales remolinos, ningún otro rumor hubiérase oído sobre las aguas. Nada más amenazador que aquel silencio pavoroso en medio del tumulto, que aquel orden en medio del desorden. ¿Cómo, cómo salvarse de una tempestad que parecía tener un objeto determinado y premeditados furios?

Por espacio de nueve días la nave fue impelida hacia el Occidente con irresistible violencia, y al terminar su curso la décima noche se vislumbraron al inseguro resplandor de los relámpagos unas costas sombrías, de altura al parecer desmesurada. El naufragio se presentó entonces inevitable; por lo que el piloto colocó á cada marinero en su respectivo puesto, y mandó á los pasajeros se retirasen al fondo de la galera; estos obedecieron y oyeron cerrarse sobre sus cabezas la fatal escotilla.

En tales momentos es cuando se aprende á conocer á fondo á los hombres: un esclavo cantaba con voz robusta; una mujer lloraba amantando al niño que en breve no habría menester del seno maternal, y un discípulo de Cenón deploraba la pérdida de la vida. Cimodocea lloraba á su padre y á su esposo, y dirigía fervientes plegarias al que sabe hallarnos hasta en las entrañas de los monstruos del abismo.

Una violenta sacudida entreabre la combatida galera, y las aguas se precipitan en revueltos torrentes en el albergue de los pasajeros, que ruedan en desorden: un apagado grito sale de este horrible caos.

Una ola había penetrado en la popa, y la hija de Homero y Doroteo se vieron arrojados al pié de la escalera del puente, al que subieron medio ahogados. ¡Qué espectáculo! El bajel había encallado en un banco de arena, y á dos tiros de flecha de la proa descollaba sobre las turbias olas una lisa y verde roca, cortada á pico. Algunos marineros arrastrados por la marejada, nadaban dispersos sobre el inmenso abismo, en tanto que otros se mantenían asidos á los cables y á las áncoras. El piloto, armado con un hacha, derriba el mástil, y el abandonado timon gira al acaso, chocando sobre sí mismo con roncó estrépito.

Una débil esperanza brillaba aun: las olas, al engolfarse en el estrecho, podían levantar la rota galera y arrojarla al lado opuesto del temido banco de arena. ¿Pero quién osará regir el timon en tan crítico momento, si un falso movimiento del piloto podía causar la muerte á doscientas personas? Los marineros dominados por el temor, no insultaban ya á los dioses cristianos; y reconociendo al contrario el poder de su Dios, les suplicaban les obtuviesen de él la vida. Cimodocea, olvidando las ofensas recibidas y sus propios peligros, se arrodilla y hace un voto á la Madre del Salvador. Doroteo empuña el olvidado timon, y fijos los ojos en la popa y entreabierto los labios, espera la oleada que hará rodar en la nave la vida ó la muerte. La oleada se levanta imponente, se acerca y se estrella; óyese al timon girar con esfuerzo sobre sus enmohecidos goznes; el inmediato escollo cambia al parecer de lugar; percíbese con cierta mezcla de viva alegría y espantosa duda que la nave se levanta y es rápidamente impelida, y por un momento el más terrible silencio reina entre los ma-

rineros; de improviso, una voz pide la sonda; la sonda baja al abismo; y al advertir que se hallaban en unas aguas profundas, un simultáneo clamor de júbilo sube hasta el cielo.

Estrella de los mares, Patróna de los navegantes, la salvacion de aquellos desgraciados milagro fue de tu divina bondad. Nadie vió á un dios imaginario alzar la cabeza sobre las ondas é imponerles silencio; pero una luz sobrenatural rasgó las nubes, y en medio de refulgente gloria dejóse ver una mujer celestial con un niño en brazos, aplacando las embravecidas olas con benigna sonrisa. Los marineros se arrojan á los piés de Cimodocea y confiesan á Jesucristo; ¡prime! a recompensa que el Eterno concedía á las virtudes de una perseguida virgen!

El bajel se acerca pausadamente á la costa, donde se elevaba una abandonada capilla cristiana. Los marineros arrojan al mar algunos sacos llenos de piedras atadas á un cable de Tiro y el áncora sagrada, último recurso de los naufragos; y habiendo ya logrado asegurar la galera, todos se apresuran á abandonarla. Semejante á una reina rodeada de la turba de cautivos que acaba de librar de ruda esclavitud, Cimodocea desembarca en hombros de los regocijados marineros, y cumple en el acto su voto. Dirigese á la ruinoso capilla, siguiéndola los marineros de dos en dos, medio desnudos y cubiertos con la espuma de las ya domadas ondas. Ora fuese obra de la casualidad, ora celestial designio, veíase en aquel desierto asilo una imagen medio rota de María, de la que la esposa de Eudoro suspendió su velo empapado en las aguas del mar. Cimodocea tomaba posesion del teatro brillante reservado á su gloria, y entraba en triunfo en el suelo de Italia.

LIBRO VIGÉSIMO.

SUMARIO. Cimodocea, detenida por los satélites de Hierocles, es llevada á Roma. Insurreccion popular. Cimodocea, libre del poder de Hierocles, es encarcelada como cristiana. Desgracia del procónsul, quien recibe orden de trasladarse á Alejandria. Carta de Eudoro á Cimodocea.

LA aurora había de nuevo traído á los mortales las fatigas y los dolores, y por todas partes emprendian de nuevo sus penosos trabajos: el labrador seguía lentamente el arado, regando con su sudor el surco trazado por el tardo buey; la fragua resonaba á los ruidos golpes del martillo que caía con acompasado movimiento sobre el encendido hierro, y confuso rumor se elevaba en las ciudades. El cielo estaba sereno, y apacible el Oriente. No precedió á Cimodocea una galera engalanada de cintas, ni un carro tirado por cuatro caballos blancos la esperaba en la playa; los honores que la Italia le preparaba eran los que destinaba á los cristianos: la persecucion y la muerte.

Los decretos del cielo habían conducido á la hija de Homero no lejos de Tarento, al pié de un avanzado promontorio que ocultaba á los ojos de los naufragos la patria de Architas. El piloto subió á unos elevados peñascos y gritó con voz segura:

«¡Italia, ¡Italia!»
Al oír este nombre, Cimodocea experimentó un vivo estremecimiento; su seno se levantó como una ola entumecida por el viento; viéndose Doroteo precisado á sostenerla en sus brazos; ¡tan intenso fue su placer al pisar la misma tierra que su esposo! Dios que la alejaba de su padre, á quien creía aun en Mesenia, le permitía volar á Roma.

«Ya soy cristiana, decía; Eudoro no puede ya impedirme que participe de sus dolores.»

Al pronunciar Cimodocea estas palabras, vióse doblar el vecino promontorio á un bajel remolcado por una barca cargada de soldados: en breve los marineros dejan de remar, y cortando los soldados el cable que servia para remolcar el bajel, este se detiene, sumérgese lentamente y al fin desaparece en las olas.

Era una de las galeras llenas de pobres y desgraciados á quienes Galerio hacia arrojar al mar en solitarias costas. Algunas de aquellas víctimas, libres de sus ataduras por las olas, nadaban hácia la barca de los soldados, que les rechazaron con sus picas, y uniendo el sarcasmo á la ferocidad, les enviaron á cenar al palacio de Neptuno. Ante espectáculo tan horroroso, los marineros de la galera de Cimodocea huyen despavoridos á lo largo de las sirtes; pero Doroteo y su compañera no pueden vencer en su corazon la caridad, indeleble sello del cristiano: llaman á los desgraciados que luchan aun con la muerte, les alargan las manos y consiguen salvarlos. Al punto, los ministros de Galerio llegan á la orilla, y rodeando á Galerio y á la hija de Demócoco, el centurion les pregunta con voz amenazadora:

«¿Quiénes sois los que no teméis arrancar á la muerte los enemigos del emperador?»

—Soy Doroteo, respondió el cristiano, cuya indignacion no pudo ser dominada por la prudencia, y llevo los deberes impuestos al hombre. ¡Ah! ¡es preciso que Tarento haya conservado irritados á sus dioses, para haber perdido de tal manera toda nocion de piedad y justicia!

Al nombre de Doroteo, conocido en todo el imperio, el centurion no se atrevió á poner la mano sobre un hombre de tan elevada clase; pero preguntó quién era la mujer que por su imprudente piedad se había hecho culpable, violando los edictos.

«Sin duda es cristiana! exclamó, al observar su humanidad y modestia. ¿A dónde vais? ¿de dónde venis? ¿cómo habéis llegado aquí? ¿Sabéis que no se puede entrar en Italia sin orden espresa de Hierocles?»

Doroteo refirió su naufragio, procurando ocultar el nombre de su compañera; pero receloso el centurion, se trasladó á la embarcacion naufraga.

Cuando amenazada por los marineros, Cimodocea se había visto cercada á la muerte, escribió á su padre y á su esposo dos cartas de despedida, llenas de dolor y pasión. Estas cartas que habían quedado á bordo, descubrieron su nombre á los soldados, y una cruz hallada sobre su cama denunció su religion: así Filomela se entrega por los amorosos cantos que la descubren al cazador; así se reconoce á las esposas de los reyes por su cetro.

Esto viendo, el centurion dijo á Doroteo:

«Debo mantenerte bajo mi vigilancia con esta meseniana, pues las órdenes contra los cristianos se ejecutan con todo rigor, y si os dejase en libertad, mi propia vida correría peligro. Voy á hacer partir un mensajero, y el ministro del emperador dispondrá de vuestra suerte.»

Hierocles ejercía á la sazón en el mundo romano un poder ilimitado, pero estaba sumido en vivas inquietudes, porque Publio, prefecto de Roma empezaba á suplantarle en el favor de Galerio. El rival de Hierocles desconfiaba á este en todos sus proyectos: si cansado de esperar el regreso de Cimodocea, el perseguidor quería entregar á Eudoro á los tormentos, Publio hallaba algun medio de retrasar el sacrificio; si fiel Hierocles á sus primeros planes aplazaba el juicio del hijo de Lastenes, Publio decía al emperador:

«¿Por qué el ministro de tu eternidad no entrega á la cuchilla al peligroso caudillo de los rebeldes?»

El silencio del Oriente respecto de la hija de Homero, alarmaba tambien el culpable amor del perseguidor, que en su impaciencia había colocado centinelas en todos los puertos de Italia y Sicilia, al paso que numerosos correos le llevaban día y noche noticias

de la costa. En medio de estas perplejidades recibió al mensajero de Tarento, y al oír el nombre de Cimodocea prorumpió en un grito de alegría, abandonando su lecho: así pinta el cantor de Ilión al monarca del Tártaro cuando se lanza de su trono. Trémulos los labios y estraviados los ojos por el amor y la alegría, exclamó:

«Traed á mi presencia á mi esclava meseniana! ¡Mi felicidad me la devuelve!»

Y mandó que el oficial del palacio de Diocleciano fuese puesto en libertad.

Doroteo tenía en Roma numerosos partidarios y protectores celosos aun entre los paganos, porque jamás se había servido de su fortuna y poder sino para evitar las violencias y servir de escudo á la inocencia; así recogía en aquel momento el fruto de sus virtudes, y la opinion pública le servía de escudo contra un ministro protervo. El encuentro de este poderoso cristiano y de Cimodocea se presentó como un efecto de la casualidad á Hierocles, que no quiso atraerse nuevos enemigos cuando tenía que combatir el poder de Publio. El apóstata advertía interiormente que el odio público amagaba su cabeza; y temiendo sublevar al pueblo en favor de un anciano sacerdote de los dioses, había dejado á Demócoco vagar en la oscuridad en medio de Roma. Dios empezaba á cegar al perverso, que en lugar de encaminarse directamente al propuesto fin, se embrollaba en sus humanas previsiones, y á fuerza de política, astucia y cálculo, venía á caer en los mismos lazos que procuraba evitar. Hierocles parecía aun poderoso á los ojos de la muchedumbre, pero el ojo avizor descubría en él inequívocas señales de decadencia y ruina: así se eleva una encina cuya copa toca al cielo y cuyas raíces bajan á los infiernos; arrostra al parecer los inviernos, los vientos y el rayo; el viajero, sentado á su pié admira las robustas ramas que han visto pasar numerosas generaciones, mientras el pastor que contempla al rey de los bosques desde la erguida colina, ve estenderse sobre la mentida lozania de su ramaje una corona seca.

En una colina que dominaba el anfiteatro de Vespasiano, Tito había construido un palacio con los escombros de la casa dorada de Nerón. Allí se hallaban reunidas todas las obras maestras de la Grecia. Espaciosos peristilos, salas incrustadas en mármoles de Oriente y pavimentadas de preciosos mosaicos, desplegaban á la admirada vista los milagros de la escultura antigua: el Mercurio de Cenodoro, arrebatado á la ciudad de Babilonia en las Galias, llamaba la atencion por sus colosales dimensiones, que en nada perjudicaban á la ligereza de sus formas; la Tocadora de flauta de Lisipo parecía vacilar riendo, bajo el poder de Baco; la Venus de bronce de Praxiteles disputaba el premio de la hermosura á la Venus de mármol de este artista divino; su Matrona llorosa y su Friné en la alegría, mostraban la flexibilidad de su arte, descubriéndose la pasión del escultor en las facciones de la cortesana, que parecía prometer al genio la recompensa del amor. Admirábase al lado de Friné la Leona sin lengua, simbolo ingenioso de aquella otra cortesana que prefirió espirar en los tormentos á delatar á Harmodio y á Aristogiton. La estatua del Deseo, que lo hacia nacer, la de Marte en reposo y de Vesta sentada, inmortalizaban en aquellos lugares el talento de Escopas. Galerio había agregado á todos estos monumentos de incalculable valor, el Toro de bronce que Perilo inventó para Falaris.

El nuevo emperador habitaba este fastuoso palacio, y su digno ministro Hierocles ocupaba uno de los pórticos de la soberbia morada del señor del mundo, escediendo en magnificencia sus habitaciones á las de Galerio.

En las paredes esmeradamente bruñidas, veíanse representados encantadores paisajes, dilatados bos-